

Los viajes a Madrid

Una comisión compuesta de los alcaldes, un concejal y los secretarios de cada uno de los pueblos de Getafe y Villaverde, se presentó al Sr. Peironcely, director adjunto de la Compañía de los ferrocarriles de Z. A. quien les recibió con exquisita cortesía, y escuchó las justas reclamaciones que aquellos le hicieron por la falta de tranvía de la mañana y el de la tarde, que tantos perjuicios ocasiona a los pueblos. El Sr. Peironcely, prometiendo con interés el asunto, haciéndole cargo de la razón que asiste a los solitarios y dió alguna esperanza de satisfacer sus deseos.

Ya que hablamos de la Compañía y es tan grato hacer constar la afabilidad y esmerada cortesía del Sr. Peironcely, tenemos que vernos obligados a llamar la atención de esa Compañía y de su director, acerca de la conducta de algunos revisores, pocos, afortunadamente, creen que los viajeros, sobre todo los de tercera clase, no son personas y hay que tratarlos como ganado, dando lugar en ello a un sin fin de reclamaciones, muchas de las cuales han llegado a resolverse en juicios de faltas, que precisamente perdieron los revisores, prueba indudable de su culpabilidad. Como no nos gusta citar nombres, no diremos aquí los que más se distinguen por su «amabilidad», pero estamos a la disposición del director de la Compañía, o del jefe de ese personal, para decir quienes y los repetidos casos en que han cometido abusos, faltas y arbitrariedades, fuera y contra el Reglamento de policía de ferrocarriles, causando no solo molestias, sino graves perjuicios a los viajeros, sin razón ni motivo, y sobre todo, usan una descortesía intolerable. Esperamos que la Compañía ponga fin a estos abusos y se lo agradecerán mucho los que por obligación viajamos a Madrid, y sufrimos y vemos estos abusos de algunos de los revisores.

El excéntrico del ojo de cristal

¿Os acordáis? En medio de la brillantez del salón, donde todo eran risas y alegrías, causó una impresión rara el célebre De Valver. Os hizo reír mucho, y, sin embargo, el que se fijaba con atención en él sentía un algo extraño que no acertaba a explicarse.

Era aquel ojo de cristal que reemplazaba al que perdió el maravilloso bufo Dios sabe dónde. Es decir, lo sabe alguien más que Dios. Conocen el suceso muchos de sus amigos, y entre ellos yo, que me cuento en este número.

Fué una de las muchas penalidades con que el pobre De Valver tropezó en su vida bohemia y errante.

Una de tantas aventuras de su azarosa existencia, que transcurrió en caminar un lado para otro, buscando unas modas con que atender a su sustento, sonando mientras tanto con una gloria que estaba muy lejana y que nunca lograba alcanzar.

Perdió el ojo de la manera más original que os podéis imaginar.

Formaba parte de una compañía de cómicos de la legua, de esas que van de un pueblo a otro, en un pesado carronato, y le anuncian sus fiestas a toque de corneta y redoble de tambor.

Eran sus compañeros unas cuantas bailarinas, un atleta y un domador acompañado de su coima, que era lo único que atraía la atención cuando trabajaban. Realmente era digna de admiración aquella infeliz de tez pálida y grandes ojos negros, que tanto lloraban y en los que tanta pasión oculta podía leerse.

¿Que por qué lloraban y por quién sentían pasión?

Pues lloraban porque el domador era un animal, que fustigaba más a la pobre Pierina que a las famélicas fieras que encerraba en unos enormes jaulones.

Lloraban por eso los ojos de la bella italiana y sentían pasión por el excéntrico De Valver, que a su vez estaba enamorado de ella. ¿Cómo no, si eran dos almas nobles que estaban unidas por idénticos sentimientos y por iguales anhelos?

Se amaron en silencio mientras pudieron, hasta que sobrevino la catástrofe.

Un día, en un entreacto, los sorprendió el fiero Scapardini, y en el colmo del furor, sin acordarse siquiera del revólver que llevaba en el bolsillo, dió tan tremendo latigazo al infeliz payaso, que fué la causa de que éste quedara tuerto.

Sintió miedo de que aquel hombretón pudiera estrangularle a él; entenco y raquítico, y huyó.

Abandonó la única felicidad que poseía: su amor por Pierina.

Trabajó aquí y allá, y aunque la gloria llegó a favorecerle, la desgracia tampoco le abandonó, y la miseria hizo presa en él.

Y últimamente ya lo habéis visto. El, con el alma rota, os ha hecho reír sin tregua. Es la tragedia de Yorick.

Para colmo de desdichas, al salir de la función le robaron lo poco que había ganado.

Le ha sucedido lo que está sucediendo a mucha gente. No tiene nada de extraño.

Las calles sin luz, el hambre abunda y el crimen se fomenta.

Cuando le atacaron se encogió filosóficamente de hombros, y cuando me lo relató a mí, viendo la inquietante inmovilidad de aquel ojo de vidrio, y la tristeza y resignación que en el otro se reflejaban, pensé en cuáles serían los sentimientos que se albergarían en su alma, y me dió mucha lástima del triste excéntrico del ojo de cristal, que tanto nos hizo reír.

Angel Antem.

Madrid, 29-12-1917.

ODIO DE RAZA

LA MALDICION DE LA VIRGEN

Esta fecha, que nos recuerda el nacimiento de nuestro Redentor, parece la destinada a narrar cuentos y leyendas con que distraer a los chicos, y aun a los mayores.

Recostado en una butaca reflexionaba yo sobre esto, y pensaba cómo saldría del paso con mi pequeñuelo, de pelo de oro y de ojos azules.

Yo quería contarle un cuento que no se pareciese a los que se cuentan siempre en esta época. Que se saliera de los moldes de las narraciones de niños que mueren de hambre y de frío, mientras a sus oídos llegan los rumores de la fiesta que se celebra en un palacio cercano.

Pensando, pensando, mis párpados se fueron cerrando poco a poco, hasta quedar sumido en un profundo sueño.

Y soñé, que me hallaba en una aldea, rodeado de montañas cubiertas de nieve.

Era una aldea chiquitita, como un nacimiento.

Yo habitaba en una de aquellas diminutas casitas, habiendo oído ruido en la cuadra, bajé para inquirir lo que sucediera.

Extrañado de que no hallásemos allí más que una mula y buey, se percibiera perfectamente claro el rumor de una conversación, me aproximé, y cuál no sería mi sorpresa al ver que el propio buey era el que decía a la mula:

—¿No comes? ¿Qué te pasa? Nunca vi tus ojos tan turbios, ni tus orejas tan caídas. Es indudable que te sucede algo grave, y a mí, como amigo y compañero de

trabajo, debes confiarme tus penas, por si pueda aliviartelas de alguna manera; ítem más cuando hoy se celebra una fecha gloriosa, que debía inundar tu corazón de una inmensa alegría. Escúchala, ¿no oyes cómo late el mío?

Todo parece alegrarse y hasta mis nervios hacen que me esté moviendo continuamente, para que suene mi cencerro en un alegre repicar que se eleve a los cielos, como la ofrenda de un pobre animal enternecido. ¡Vamos, alégrate! No pongas esa cara, endereza las orejas y recórdanos aquella noche, muchos siglos ha, en que nació el Niño Dios.

(Aquello se iba poniendo interesante, y dispuesto a escuchar todo el diálogo me oculté detrás de un poste, cercano al pesebre de la mula.)

—Déjame en paz—dijo ésta—. No tengo gana de hablar, y estoy segura de que este pienso extraordinario que nos han dado los amos, en gracia a la festividad de hoy, me haría daño... si es que antes conseguía pasarlo de mi boca. Esa alegría tuya, que hace brincar tus nervios contentos como sonajas, cripa los míos, y si continuas moviendo el cencerro, te doy un par de coeces que te parto un cuerno.

—¡Pero vamos! ¿Por qué te pones así? Siempre hemos sido buenos amigos y hasta has demostrado corresponder al cariño que te profeso.

—Saltó el buey y dijo ¡Muuuuuuuu! Si no fueras tan romo de entendimiento hubieras notado que siempre te trato con frialdad, y que lo único que procuro es que conservemos unas buenas relaciones, ya que nos hemos encontrado en el mundo atados a una misma cadena; pero de eso a quererte hay más distancia que de aquí a Roma. Es un odio hereditario el que te tengo, es el odio de una raza, que no extinguirán los siglos, porque la tradición será respetada, y si alguna vez una mula se rebajase a conceder su estimación a un buey, sería execrada por las generaciones venideras.

(Estaba arrogante la mula al decir esto. Sus ojos ya no estaban lacrimosos, sino muy abiertos, y brillando con un siniestro fulgor que nada bueno presagiaba para su cornudo compañero de trabajo.)

Tenía las orejas en absoluta erección, y con la fuerte y larga cola, se azotaba furiosamente las potentes y lustrosas ancas.

El buey, apesadumbrado, tenía la cabeza baja, y sonaba el cencerro débilmente, haciendo enormes esfuerzos para hablar; pero se le formaba un nudo en la garganta, y corriendo de extremo a extremo de su larga tráquea, le impedía expresar sus pensamientos.

Al fin, sacando fuerzas de flaqueza, pudo balbucear con una voz que más se asemejaba al balido de un cordero, que al mugido de un buey en la lozanía de su vida.)

—Pero, ¿cuál es la causa de ese odio ferroz?

—Ah! Pero, ¿es que te atreves a decir que lo ignoras?—respondió la mula rechinando sus amarillos dientes, grandes como las teclas de un piano. Pues escúchala, vas a saber por qué no te puedo querer, y como yo, ninguno de los de mi raza a la tuya. Como tú decías antes, en una noche como ésta, ya hace muchos siglos, llegaron a una corralada de Belén, una mujer y un hombre. Iban ateridos y se refugiaron en la cuadra, para resguardarse de los rigores de aquella cruda noche de Diciembre. ¡Bonita era ella, como una estrella del cielo, y tanto en su rostro como en el de su acompañante se revelaban una beatitud y una bondad tales, que sólo por su fisonomía se hubieran captado el cariño de cuantos les vieran una vez siquiera.

No creo que seas tan cerrado de mollera para no haber comprendido ya quiénes eran aquellos personajes. Ella, la futura reina de los cielos; él, el humilde carpintero

reputado por padre del que se sacrificó por salvar a los hombres. No llevarían allí mucho rato cuando ocurrió una cosa insólita, que dejó suspensos a los dos semejantes nuestros que se hallaban en aquella cuadra. El recinto se iluminó con una luz misteriosa y brillante, y en el pesebre contiguo al de mi antepasada surgió un niño desnudito y perneando, como pidiendo que le resguardasen del frío intenso de aquella horrible noche. La santa mujer, madre de aquella criatura, no tenía otra cosa de que echar mano, y cogiendo la paja que tenían en los pesebres la mula y el buey, improvisó un colchón, donde depositara aquel diminuto cuerpecito. La mula vió aquello con ojos de ternura y aguantó el hambre con tal de que el niño pudiese hallar un poco de comodidad; pero el buey, grosero y comilón, puso cara de disgusto cuando le quitaron el pienso. Trató la mula de calmarle y nada consiguió. El reclamaba su comida, y tanto dijo y tanto habló, que al fin ella—siempre hemos sido débiles las hembras—accedió a sustraer algunas pajas para dárselas.

Creo acallar sus protestas con aquella acción y se engañó. El buey era un glotón de primer orden, y así, poco a poco, él pidiendo y ella cediendo, dejaron sin paja el pesebre, donde naciera el Niño Dios, y entonces sobrevino la catástrofe. Todo por culpa del buey. A pesar de que luego se haya dicho que fué la mula quien se comió la paja, fué el buey, y por él nos maldijo la Virgen. La condena eterna a no ser madres. Por culpa de vuestra aborrecida raza no podemos tener la inmensa alegría de que nadie nos diga. ¡Madre! Las mujeres son más afortunadas. Dios dijo a Eva: «Parirás hijos con dolor»; pero yo creo que con ello, no hizo más que aumentar la grandiosidad que el ser madre supone. Nosotras no podremos tener nunca el placer de ser madres, siendo hembras como las demás. Seremos siempre hijos e hijas de alguna yegua orgullosa, que después de habernos traído al mundo no se acordará del ser que llevó en sus entrañas. O de algún caballo altanero que se sonrojará de ser nuestro padre. Con qué gusto decía yo: ¡Hijo mío! ¡Padre! ¡Madre! Pero, ¿cómo voy a dirigirme a mis padres si éstos se avergonzarían de mí, solamente porque no soy de su linaje? ¿Para quién guardaré las ternuras maternas, si nunca tendré hijos?

(Dirigiéndose al buey con furor y agitando nerviosamente la cola de un lado a otro.)

—¿Comprendes ahora mi odio y por qué no os podemos querer? ¡Pues vosotros sois una raza de bastardos! ¡Estamos malditos! ¡Quitate de mi vista!

Y al decir esto me dió tan fuerte zurriagazo con la cola en la cara, que desperté sobresaltado.

Frente a mí, riendo y agitando aún con una de sus manitas los zorros con que me había dado en el rostro para despertarme, se hallaba mi nene, mi nene rubio como el Niño Dios. Al cogerle en brazos me dijo tirándome del bigote:

—¡Cuéntame un cuento!

—Ahora no—le dije—, después de cenar.

Y después de la cena, mientras contemplaba los ojos llenos de felicidad, de mi Etelvina, la que me dió ilusión, amor, fuerzas para luchar por la vida, y, por último aquel pedazo de gloria que me miraba ansiando que comenzara el prometido cuento, empecé:

—Pues, señor: eran una vez una mula y un buey...

Madrid, 14-12-1917.

LA REGIÓN

Revista quincenal independiente.
Defensora de los intereses del partido judicial de Getafe.

La casa del curita

En la calle del Calvario existe una casa, denominada «del Curita», casa de recogimiento donde admiten a los desheredados de la fortuna, casa que en estas noches de intensa helada, cobija cariñosa a quienes ni hogar tienen y aunque el inmueble no es ni mucho menos un palacio, ni oficial ni particularmente tenemos noticia que se procure mejorar en lo posible lugar tan práctico y caritativo como el que nos ocupa.

Hoy dedicamos unos renglones a dicha casa, porque aunque suponemos que no han de agrandar las frases de cariño que dirijamos a nuestro colaborador Gregorio Pérez (Cibera), creemos, es un deber de información y además, que a nosotros llegó uno de los pobres recogidos la Noche Buena en la Casa del Curita rogándonos que por medio de estas columnas se dieran gracias muy expresivas a Cibera por su noble acción, tanto más de alabar y enaltecer, cuando que Cibera es un obrero que de su trabajo vive.

En dicha noche, adquirió dicho señor, tres kilos de patatas, 1 kilo de arroz, media libra de bacalao, dos panes de 800 gramos cada uno, aceite y leña, y la mujer encargada de la casa, hizo la cena para las cuatro personas y tres niños que aquella noche dormían en casa del Curita, al ruego de nuestro colaborador.

En nombre, pues, de esos pobres, damos a Cibera las gracias por su noble acción, que no por lo modesta es menos meritoria y perdonemos el que hayamos hecho público su generoso rasgo, ya que no ignoramos no es partidario de estas ostentaciones.

El gato de Luis Sanz

Luis Sanz, tiene un gato, Tener un gato, no tiene nada de particular. En casi todas las casas existe un gato. El gato es el enemigo mayor del ratón, y el ratón huye del gato. En Getafe hay ratones, y por tanto, hay gatos y gatas.

Si fuese en Madrid, habría más gatas seguramente que en Getafe.

Pero el hecho es que Luis Sanz tiene un gato.

Un gato negro. Ahí es nada, tener un gato negro, de sedoso y fino pelo, de movimientos aristocráticos, no diré felinos, porque sería una redundancia, pero sí diré que es todo un gato, con recios y largos bigotazos, solo comparables a los cosmetizados bigotes de un guardia civil, con claros y vidriosos ojos, de inteligencia suma, cuidadoso de su aseo personal, solo comparable al que usaban virginales sacerdotisas de Atenas, y aunque sus años no son muchos, su talento es muy superior al de algún Presidente del Consejo de nuestra Nación.

Yo siento no disponer de pluma tan bien cortada como Jacinto Benavente, no el que fué alcalde de Getafe, si no el dramaturgo madrileño, para cantar los meritos, virtudes y encantos del extraordinario y sin igual gato negro; bien quisiera poseer el cincel de Fidias para modelar en mármol tan elegante figura y disponer de inspiración suficiente para componer un canto o un himno en su honor.

Pero tengo que conformarme con dedicarle estos mal tergiversados renglones, que si faltos de elegancia literaria y sobrados quizá de vulgaridad, están dirigidos a tan simpático gato como prueba evidente de admiración.

No cabe duda, Luis Sanz es feliz. Posee un gato negro.

Porque habéis de saber que el gato de Luis, no solo conoce las horas del reloj, las visitas de la casa, si que también lee y estudia; bien es verdad que no pronuncia, sin duda no por falta de disposición, si no porqué desprecia el habla del hombre.

Oid una anécdota de este imponderable gato.

Días ha, su dueño y señor fué a la Corte a efectuar varias compras, entre las que adquirió unos décimos de la Lotería de Navidad.

Al llegar con los diferentes paquetes a su casa Luis Sanz, los dejó sobre una mesa; nuestro gato, de un sencillo salto, posóse sobre dicho mueble, y despreciando los restantes paquetes, en los que alguna golosina envolvían, púsose a jugar y

rumunear, mirando cariñosa y tiernamente a Luis. Parecía decirle, y sin duda, yo no lo dudo, le decía:

—Estos décimos tocan, Luis; eres un tío afortunado, te aseguro que tocan.

—¿Tú lo crees?—le preguntó Sanz, y el gato contestó:

—No te quepa duda, tocan.

Y claro, los décimos que adquirió el amigo Luis, han salido premiados y bien repartidos entre los contertulios del Tupi de su nombre.

Ahora, decidme, mis queridos lectores, si este gato es un gato vulgar o es un príncipe encantado.

Roquebarcía.

ECONOMATO

DE

Nuestra Sra. de los Angeles

(Sucursal de Tarancón.)

TOMAS RUIZ

Madrid, núm. 56.

La tienda que vende más barato, mejor pesado y más bu n género de

GETAFE

Bienvenidos sean....

Al pan, pan, y al vino, vino. O en otros términos: es necesario hablar con claridad, para que se enteren todos, de que en Getafe se vendían los comestibles caros, no porque las subsistencias se encarecieran en la proporción que se vendían, sino porque se vendían mucho más caros de lo que la ganancia natural y lógica debiera permitirse.

Y ello se ha demostrado con solo que unos comerciantes, con un deseo noble y generoso, hayan abierto al público de Getafe un comercio en donde se venden los artículos de primera necesidad a su justo precio, dejando un solo margen equitativo de ganancia.

Solo por este hecho, se ha conseguido que los demás comerciantes rebajaran sus artículos, y de momento se ha visto que en el aceite, por ejemplo, que se vendía a una peseta y 1,05 el medio litro, en dicho comercio se pudiera adquirir de mejor calidad a 0,85.

Se ha visto que el azúcar, que se vendía escaso y muy caro, se puede dar bien pesado y muchísimo más barato; que el bacalao se puede dar más económico; que el arroz lo mismo, y para qué seguir enumerando género a género; todo en general se vendía caro en Getafe; primero, porque nuestras autoridades no se preocupaban de ello, por negligencia o por lo que fuere, porque el pueblo está dormido y sufre y padece los rudos golpes de esta vida con resignación, y segundo, porque parece entreverse que aquellos que podían evitarlo no querían hacerlo.

Bien venidos sean, pues, aquellos comerciantes que, aun con la oposición de algunos elementos de pueblo, y venciendo dificultades, han sabido colocarse de un salto sobre todos sus similares, tan solo por vender bueno, barato y bien pesado.

Claro está que el premio a su gestión le han obtenido en seguida, pues de todo Getafe, y aun de Perales y desde Leganés, viene público a adquirir los comestibles en la casa de que se trata, donde, según nos dicen, término medio, se vende de 800 a 900 pesetas diarias.

Y ese género se vende más barato, sin mérmarr ingreso alguno al Municipio, pagando íntegro el impuesto de Consumos, lo que no todos pudieran decir lo mismo, y solo si con el honrado propósito de con-

seguir una ganancia justa y remuneradora.

Nos dictan estos renglones la justicia y la razón y el agradecimiento de todo el pueblo a ese establecimiento, que merece por ser acreedor a ello, del apoyo de todos.

DEPARLA

Después de muchas y largas conferencias, ha podido (no sin grandes esfuerzos) llegar a un acuerdo entre labradores poseedores de trigo y panaderos. En virtud del cual los labradores ceden a los panaderos todo el trigo necesario para la fabricación de pan destinado al consumo de este vecindario a 20 pesetas 37 y medio céntimos cada fanega, y los panaderos se obligan por su parte a vender los 800 gramos de pan, peso neto y en buenas condiciones, en 42 céntimos, hasta el 31 de julio del año próximo venidero.

Ha sido acogida con sumo placer la noticia de la subasta de la carretera a la Estación del ferrocarril, tanto más cuanto que creen algunos que las obras empezarán en breve plazo y las gentes obreras encontrarán jornales donde poder dar pan a sus hijos en esta época tan terrible que atravesamos, no faltando algunos incrédulos que no se fían de palabras y no creen hasta no ver que se realiza el proyecto, por no ser la segunda vez esta, en que lo creían seguro y luego no fué cierto.

A las activas gestiones practicadas por el Sr. Cobián, diputado a Cortes por el distrito, se debe mejora tan importante, a quien por su triunfo en tales gestiones felicito y en nombre de este vecindario agradecido, doy las más expresivas gracias a la par que la más cordial felicitación. Dios se lo pague.

Nuestro astrónomo en vista del fracaso sufrido en sus últimas predicciones, se negaba a facilitarme datos de sus pronósticos para la primera quincena de Enero; (sin duda, también quería declararse en huelga) más insistiendo más y más en nombre de la «Región», por quien siento verdadero cariño, me facilitó las siguientes:

Del 1 al 8 tiempo brusco, fuertes heladas y algunas lluvias, y del 9 al 15 tiempo más tranquilo con fuertes vientos. Dios sobre todo.

Francisco OLEA MARTIN

Parla-26-12-917

La verdadera felicidad

Había leído cuantos libros trataban de este tema, y en ninguno hallé el verdadero camino que a ella conduce.

Ofuscadillo andaba yo, y era natural que así ocurriese, pues, ¿quién a los diez y siete años no posee una imaginación pródiga en divagaciones insustanciales y fantásticas?

Bajo la presión de esta idea, que se me había aterrado a la mente y que no me dejaba momento de reposo, me hallaba en ocasión que con mis amigos fui de excursión al campo. Aquel día, dominada por no sé qué extraños pensamientos, producido quizá de mi continua obsesión, y rehuyendo la compañía de mis camaradas, me alejé con dirección a una arboleda, a orillas de un riachuelo. Ancho campo encontré allí para dar rienda suelta a mis confusas ideas, siempre dirigidas a la misma cuestión. Así pensando, me quedé profundamente dormido.

No sé el tiempo que transcurrió hasta que un suave golpe me despertó. Me incorporé y vi a un viejo con largas barbas blancas, que con acento grave me decía:

—Jovencito, no tortures más tu imaginación buscando la solución a un problema que jamás podrás resolver.

Pensando que todavía soñaba, me restregué los ojos, mientras él continuaba hablando de esta manera:

—Si quieres hallar lo que tanto deseas, esto es, la felicidad, yo te la puedo proporcionar.

—¿Eso es cierto?—le interrumpí.

—Exactísimo, hijo mío, de forma que no vaciles y sígueme, si quieres conseguir lo que tanto apetece. Y así diciendo, echó a andar por entre los árboles.

—Bueno, y ¿no se puede saber quién es

usted?—pregunté asombrado de que aquel hombre hubiese podido penetrar en mi pensamiento, al mismo tiempo que le seguía casi sugestionado.

—Eso es lo que, de momento, no te interesa;—me respondió—. Bástete saber que tienes la felicidad a tu alcance, con solo que te decidas a aceptarla.

Un buen trecho llevábamos andado, cuando el viejo interrumpió el silencio.

—Al emprender el camino, que yo mismo te señalaré, has de hacerlo sin titubeos de ninguna especie. Ahora bien, me creo en el deber de advertirte que es tarea harto penosa la que te propongo, por manera, que aún es tiempo de volverte si quieres.

Como viera que yo movía negativamente la cabeza, continuó:

—Aquí te entrego una varita; ella te servirá durante tu largo viaje para proporcionarte cuanto necesitas para tu sustento. Dando tres golpes con ella en el suelo, me tendrás a tu lado para sacarte de todos los apuros en que te encuentres.

—Y este gran servicio que usted me hace, ¿cómo podré recompensarlo?

—No te preocupes por ello. Estate seguro de que al final de tu jornada ya me lo habré cobrado—dijo al propio tiempo que con el dedo me señalaba el camino que debía seguir, desapareciendo en seguida de mi vista.

Infinidad de dudas y vacilaciones me asaltaron en el instante que me quedé solo y tentado estuve de llamarle, pero no era cosa de desperdiciar lo que la casualidad me había ofrecido. Así es que emprendí veloz carrera por el sitio que me había indicado, ansiando llegar cuanto antes.

Me es imposible precisar el tiempo que pasó hasta que, por vez primera, y agobiado por el cansancio, tuve que reclamar su auxilio por medio de la varita.

—Estoy tan fatigado—le dije cuando se presentó—, que no me restan ánimos para dar un paso más.

—Pues bien; toma este frasquito, bebe un poco de su contenido y él te dará fuerzas para reanudar la marcha.

Bobí de aquel líquido y el efecto fué sorprendente. Parecía que la sangre me aflujía y el vigor me mundaba mi cuerpo. Empecé con mayor ímpetu la marcha.

Muy vagamente recuerdo las múltiples incidencias de tan prolongado viaje, y sólo relataré las que mayor efecto produjeron en mi ánimo.

A la mitad de la primer jornada me salió al encuentro un hermoso niño que dijo llamarse Cupido, el cual me brindó su mansión, único sitio, según él, que cobijaba la felicidad. No me quise dar por convencido, y se retiró, no sin antes haber calificado de descabezado mi propósito. También, a veces, me parecía oír las voces de mis compañeros que me llamaban para que fuese a divertirme con ellos. En más de una ocasión percibí la voz de mi madre, que me instaba para que volviese a casa.

Pero yo corría... corría...

No sé a punto fijo las paradas que hice. Únicamente diré que a medida que avanzaba, reclamaba más frecuentemente la ayuda del viejo, para que me proporcionase frasquitos del preciado licor.

Un atardecer me pareció ver a alguna distancia como a especie de una nube que despedía grandes destellos y hasta, si no lo hubiese creído producto de mi enturbado cerebro, aseguraría que exhalaba finísimos perfumes.

Pretendí aumentar la velocidad de mi carrera y una fuerza invisible me lo impedía. Dominado por la impaciencia, di tres golpes con la varita y se apareció mi viejo.

—Ya sé lo que vas a preguntarme, y por eso me anticiparé a tu pregunta. Eso que causa tu asombro y que, verdaderamente es de una belleza incomparable, es el palacio donde se alberga la felicidad.

—¿Y cómo llegaré hasta allí?—interrogué descorazonado, pues no me ha parecido cosa terrenal esa visión.

—Terrenal, y bien terrenal es; sólo que para llegar a ella, es preciso recorrer una empinadísima cuesta.

Cuando ya se iba, me asaltó un avez más la idea de conocer quién era aquel incógnito personaje, y le pregunté:

—Y usted, ¿quién es?

—Yo soy el Tiempo—dijo—, y desapareció velozmente.

Nuevamente comencé una vertiginosa carrera. Jadeante y sudoroso iba. Parecía que me fataba el aliento y sentía como si me zumbasen los oídos y me golpeasen fuertemente en el pecho.

Una traidora piedra que pareció levantarse del suelo me hizo tropezar y caer. Perdí el conocimiento por la violencia del golpe, y cuando lo recobré me encontré con la cara ensangrentada. Trabajosamente me levanté, y al dirigir una mirada hacia el obstáculo, causa de mi caída, ví en él escrito con letras bastante perceptibles: ¡ILUSORIO!

Algo repuesto del golpe recibido continé mi desenfadada carrera. Muy poco me faltaba para terminarla. Ya me parecía que tocaba el palacio en donde debía encerrarse la felicidad. En cuatro saltos me presenté ante la puerta. Tuve necesidad de apoyarme para no caer al suelo. ¡Tan grande era mi cansancio!

Un gran salón de magnificencia deslumbradora se ofreció a mi vista; allí se experimentaba una sensación de bienestar infinito. Estaba recreándome la vista, cuando distinguí en el techo un rótulo que decía:

«Juventud! He ahí la verdadera felicidad.

Por instinto, dirigí mi vista a uno de los grandes espejos que en las paredes habían, y quedé horrorizado. ¡Mi pelo se había vuelto blanco y mi cara estaba surcada de profundas arrugas!

En un momento quise deshacer lo que tantos trabajos y penalidades me costó, y por lo que había sufrido durante tanto tiempo. Intenté volver sobre mis pasos. Vana pretensión; la puerta estaba cerrada. Comencé a golpearme contra las paredes y a vociferar como un loco furioso.

Otros golpes, análogos a los primeros, dados sobre mi hombro y que creí procedían de aquel miserable viejo, me sacaron de mi profundo letargo. Eran mis amigos, que extrañados por mi larga ausencia, habían ido en mi busca.

No sé la expresión que tendría mi semblante. Únicamente puedo decir que me miraron todos a la cara, se echaron a reír burlonamente, y casi a «una» exclamaron:

—¡Qué dormir tienes! ¡Vaya una voces que dabas!

Amadeo Saguar.

Octubre 1917.

La guerra

(Poesía original de un niño de once años).

Madrecitas, ya suenan los tambores,
ya suenan las trompetas,
ya parten nuestros hijos,
ya van para la guerra.
Yo quisiera morir,
para no ver la tierra,
toda llena de sangre
que corre por la arena.
En un montón de escombros
y de ruinas inmensas,
sólo queda una imagen
de unas tristes iglesias,
que han sido destruidas
por granadas y bombas
que han penetrado en ellas.
Y la imagen solitaria
en aquel campo de pelea
mira triste todo aquello,
mirando hacia la tierra.
¡Madrecitas de mi alma,
ya sabéis lo que es la guerra!

Rosita Gómez Acebo.

(Villaverde, Diciembre.)

Pésame

«Un angel más»—dijo Campoamor en su poesía «La opinión», refiriéndose a la muerte de «Carolina».

Getafe tiene que lamentar también la pérdida de uno que lo fué en la tierra y

que ya mora en el cielo: Pepita Fernández Latorre, se hizo acreedora de este título y del cariño de todo el pueblo, que en masa acudió a su entierro.

«La Región», se asocia al dolor de todos y hace constar su sincero pésame a su tío, nuestro querido convecino, D. Diego Gallego.

DE PINTO

(AYUNTAMIENTO)

Extracto de las sesiones celebradas

Día 18 de diciembre.

La sesión ordinaria correspondiente a este día no pudo celebrarse por falta de asistencia de número suficiente de señores concejales.

Día 20.—En segunda citación, y bajo la presidencia del señor alcalde, con asistencia de los concejales señores Galdo, Pérez Burgos, Babres y Lona se celebró la sesión correspondiente al día 18, y que no pudo celebrarse por falta de asistencia de suficiente número de ediles para poder tomar acuerdos.

Leída y aprobada el acta de la anterior, y dado cuenta de los asuntos puestos al despacho, se tomaron los acuerdos siguientes:

Primero: Conceder los beneficios de la Beneficencia municipal a Marcelino Burgos.

Segundo: Conceder un socorro domiciliario de cinco pesetas a cada una de las vecinas pobres Petra Lagos y Feliciano Pérez Paredes.

Tercero: Gratificar a los empleados municipales con motivo las próximas Pascuas de Navidad, según nómina que se aprueba, importante 215 pesetas, con cargo al capítulo 11, artículo único del presupuesto vigente.

Cuarto: Limpieza del arroyo y arreglo del mismo, y

Quinto: Subsana los reparos puestos por la Abogacía del Estado a las inscripciones de Beneficencia para el cobro de sus intereses, teniendo en cuenta lo hecho el año anterior.

Día 25.—Tampoco la sesión ordinaria correspondiente a este día pudo celebrarse, por falta de asistencia de número suficiente de municipales para poder tomar acuerdos, quedando, por tanto, para segunda convocatoria.

Día 27.—Bajo la presidencia del señor alcalde, y con asistencia tan sólo del concejal Sr. Lossa, tuvo lugar en segunda convocatoria la sesión ordinaria correspondiente al día 27, y que no pudo celebrarse por no haber asistido número suficiente de concejales.

Leída y aprobada el acta de la anterior, se acordó por el señor alcalde, a propuesta del Sr. Lossa, «único asistente», pasara a la comisión correspondiente para su estudio y dictamen la comunicación del farmacéutico titular relativa a la forma de pago en el año próximo de los medicamentos para la Beneficencia municipal, y el pago de las atenciones del mes según lo vaya consintiendo el estado de los fondos municipales.

Comentarios.

La última, y no va más.
Creíamos que no se celebraría más que una sesión, y se han celebrado dos, claro que en segunda convocatoria, y una de ella con asistencia de un solo concejal, y más valiera que no se hubiera celebrado ninguna, puesto que no han servido más que para poner de relieve la falta de interés por los asuntos municipales.

Con verdadero empeño, pretextando una crisis obrera, que no se ha visto por ninguna parte, se sacó la limpieza del arroyo.

Inspirada la idea por los mayores enemigos no hubiera podido hacerse peor ni mayor el desacierto.

El interés no se nos alcanza, ni la utilidad tampoco, y menos aún la oportunidad del tiempo para hacer los trabajos: agua y frío.

En todo país donde se piensa y discurre a derechas se hacen tales obras en tiempo seco (final del verano), con lo que se con-

sigue hacer más y mejor trabajo, obteniendo mayor jornal el obrero, y hacer la obra los Ayuntamientos con menos sacrificio. Esto es claro y evidente y el resultado lo está demostrando.

Se pretendía por acaso colocar a alguna persona frente al elemento obrero, se ha perdido lastimosamente el tiempo, y así lo hizo notar un señor concejal en el acto de la sesión, manifestando que lo único que lamentaba y había lamentado siempre era que el erario municipal fuera tan precario, pues de otra suerte, no ya espléndido, sino hasta pródigo sería con el necesitado elemento obrero, tan falto de todo apoyo como necesitado de lo más indispensable para la vida. Manifestaciones que confirmaba con su voto, no obstante conocer el estado angustioso del arca municipal, y de lo más angustioso aún que lo será el año próximo, herencia nada envidiable que le quedará al Ayuntamiento entrante.

En cuanto al interés y a la utilidad tan decantada, que no se nos alcanza, pero que tampoco discutimos, se nos ocurre tan sólo decir, aceptando lo de la crisis obrera: ¿Por qué no se ha dado preferencia a los trabajos del arreglo de las calles, que tan urgentemente lo reclaman? (No las señalamos, porque lo piden todas).

¿No lo saben ustedes, caros lectores y convecinos?

Pues nosotros os lo diremos sin temor a ser desmentidos, pues es cosa que entra por los ojos y está en la conciencia de todos; basta sólo un poco de valentía para decir en un periódico lo que muchos dicen y piensan, aunque sin exteriorizarlo en público. El arreglo de las calles, de haberse intentado, hubiese puesto de manifiesto que los acuerdos del Ayuntamiento para la tracción de la piedra por prestación personal por los que tienen mulas y carros estaban incumplidos, y era preciso tajar la falta. ¿Cómo? Con un proyecto de obras tan descabellado y desacertado como fuera de tiempo y costoso, que quizá el temporal, más sabio, no deje concluir.

¿Resultado positivo de todo ello? Que el año pasado ya que no se podía transitar por el césped del arroyo, y en el presente no se podrá andar por las calles ni por el arroyo; pero se habrá gastado inútilmente mucho dinero que no tiene a nuestro juicio, de plausible más que el que ha ido a manos de los pobres obreros.

El Duende de Pinto.

DIMES Y DIRETES

Pensamientos y verdades.

La suerte, con su inconstancia, acibaró su niñez, pues nacido en pobre estancia, sólo tiene en abundancia hambre, frío y desnudez.

Primero aprende a pedir, después aprende a humillarse, a trabajar y a sufrir, para poder conseguir vestirse y alimentarse.

Es soldado, va a la guerra, regresa de la campaña enfermo, mas no se aterra, que fué defendiendo a España y aún puede labrar la tierra.

El no será inteligente, pero cumple el mandamiento de su Dios omnipotente, porque se gana el sustento con el sudor de su frente.

Y cuando la ancianidad le tenga inútil, postrado, ¡su suerte lo ha decretado!, a implorar la caridad y a morir abandonado.

¿Que hay excepciones? Cabal; y muy honrosas, si tal; pero lo que ya contado está bastante marcado en la medalla social.

El ceremonial varía en cada país; pero la verdadera educación es siempre la misma en todas partes.

El hombre fué el misterio en tiempo muy pasado; la mujer lo es del pasado y del presente, que nunca descifraremos; pero a pesar de ello nunca la abandonaremos. ¡Nunca!

Las tres cosas más difíciles son: guardar un secreto, olvidar una injuria y hacer buen uso del ocio.

La vida es un libro de una sola edición y un solo ejemplar, que escribimos nosotros mismos y se entierra con nosotros.

Lo peor de las riquezas es la escasez de ellas.

La señora Z., de fealdad terrible, pero que ella no estima así, se empeñó en que la hicieran su retrato, y a tal objeto se dirigió al taller del pintor elegido por su esposo. Debatidas y acordadas las condiciones, se señaló el día para la primera sesión; pero al tiempo de despedirse llamó el marido al pintor y le dijo con suplicante tono:

—¡Caballero, ya que no hay más remedio, procure usted siquiera que se parezca lo menos posible!

Un médico de gran fama y mucha gracia, que muy a menudo se veía asaltado por importunos clientes, se encontró con uno de los que más le mortificaban en la Puerta del Sol, de Madrid.

—Doctor, ¿sabe usted que me duele aquí horriblemente? ¿Qué debo hacer?

—Mire usted, eso es grave. ¿A ver la lengua?

El paciente abrió una boca como un buzón de correos.

—Ahora cierre usted los ojos y esté muy quieto.

En esta disposición estuvo un rato, hasta que, suponiendo que ya había sido examinado, abrió los ojos y se halló rodeado de gente que, asombrada, le miraba, y que el doctor había desaparecido.

Chantacler.

Pinto diciembre 1917.

NOTICIAS y asuntos varios

Una carta.—Por nuestro conducto envía D. Enrique de Lossa a D. Filiberto Montagud la siguiente:

Sr. Director de LA REGION, Getafe. Mi querido amigo: Terminando el día 31 del corriente mi mandato como concejal de este Ayuntamiento, cargo para el que fui elegido quizá sin merecerlo, y estimando en mí un deber el dar cuenta a mis electores de cómo lo he desempeñado, me dirijo a V. en súplica de hospitalidad en las columnas de su periódico para unas cuartillas que le enviaré encaminadas al objeto indicado, y de algunas otras que quizá me decida a enviarle, pues no lo tengo esto aun decidido; persiguiendo algunos gazapos de administración municipal, que creo están llamados a dar mucho juego y no pocos disgustos y sinsabores a los interesados y patrocinadores. Claro es que asumiendo siempre toda la responsabilidad de mis trabajos.

En la seguridad de ser atendido en mi ruego, le anticipo las gracias más expresivas reiterándome de usted afmo. amigo q. e. l. m. Enrique de Lossa.—Pinto, 29 de diciembre de 1917.

Nosotros, como el Sr. Lossa, esperamos que el señor Montagud dará la hospitalidad solicitada y desde luego celebramos la colaboración ofrecida.

Consejos sanos.—El próximo día primero de enero tendrá lugar la constitución del nuevo Ayuntamiento de esta villa y de desear es que dando de lado intereses particulares y personales e inspirándose sólo en los generales del Ayuntamiento, tengan verdadero acierto para la designación de cargos y sirvan éstos los

designados, inspirándose en los dictados de progreso y prosperidad del pueblo. Mucho hay que hacer, y la herencia que va a recibir la nueva corporación es harta espinosa y angustiosa; pero con buena voluntad y buen deseo puede hacerse si con decidido empeño y entusiasmo se acomete la obra reformadora. Hay que regenerarse sin perdonar esfuerzo ni sacrificio personal. Todo por el bien de todos, nada en pro de intereses mezquinos ni bastardos. El cruzarse de brazos y dejar hacer, a más de censurable, es suicida.

Los apremios del vivir diario de los pueblos son cada día más asfixiantes; por abusos de acaparadores y agiotistas, sucumbe el pequeño comercio; por codicias descaradas, que no encuentran freno, perecen las clases modestas; por falta de administradores previsores en los pueblos llegan al límite de su desesperación los menesterosos, los pobres desheredados de la Fortuna, los pobres obreros. De seguir así las cosas a nadie sorprenderá tome cuerpo el hambre que por diferentes causas, que no hemos de señalar ni decir quienes las tengan se avecina de modo tal, que es preciso desprenderse con decisión de influencias bastardas e irresponsables y trabajar por el mejoramiento de los pueblos, que es el bien estar de todos y el pan del pobre, de quien nadie se ocupa, y que por serlo merece antes que nadie la protección de sus administradores. Si así proceden tendrán el aplauso y caso contrario la censura en que no seremos pocos.

Quejas del vecindario.—Señor alcalde: aunque mucho lo sentimos, nuestra misión nos obliga a molestarle contra nuestra voluntad; pero son tantas las quejas que hasta nosotros han llegado en estos días de nieve para que nos hagamos eco de ellas cerca de su autoridad, que no podemos dejar de llamar su atención sobre el mal estado en que han estado y en el que estarán por mucho tiempo la mayor parte de las calles del pueblo por las que no se puede dar un paso sin grave riesgo de caer y romperse; la grisma o resbalar y caer en un cenagal del que no pueda uno salir ni con extrínque y ganchos.

A mayor abundamiento la tierra que con la limpieza del arroyo se está echando a derecha e izquierda del mismo va a llegar a incomunicar entre sí los vecinos de uno y otro medio pueblo.

¿Usted no lo ha visto? Pues dése una vueltcecita por el pueblo para ver las cobras de limpieza, y verá cuan justas son las quejas del vecindario y con cuanta justicia piden ser atendidas por su paternal autoridad. Nosotros se lo rogamos.

Viajes.—Después de haber pasado una larga temporada con sus tíos en Andalucía la bella y distinguida señorita Angelita Rubín de Celis y Escolar, se encuentra otra vez entre nosotros hecha una completa andaluza uniendo a su gracia natural, que es mucha, la que ha vivido en la tierra de María Santísima durante tanto tiempo. Sea bien venida.

Completamente restablecida de su alumbramiento la señora de nuestro par-

tiular y buen amigo D. Sebastián Sotomayor (née doña Carmen Gippini de Sotomayor), ha marchado a Bilbao, donde tienen su residencia.

Felicidades.—El día 25 del corriente celebró su fiesta onomástica nuestro querido amigo el doctor en medicina y jefe de la Beneficencia municipal de Madrid, don Julián Navarro Gallego. A las muchas felicitaciones que recibió con tal motivo sírvase unir la muy afectuosa nuestra.

Enfermos.—Se encuentran delicados de salud, aunque afortunadamente no de cuidado, nuestros buenos amigos D. Enrique Gippini, D. Antonio Fernández de Soto, D. Cristóbal Soriano y D. Lucas Casado de Galdo. Les deseamos a todos rápido y completo restablecimiento.

1.º de Enero.—El día primero de año, San Manuel, celebrarán su fiesta onomástica la señorita Manolita Navarro Verdier, doña Manuela Piñuelas de Sáez, don Manuel de Castro Rodríguez, D. Manuel Mariño y Suárez Inclán, D. Manuel Bargán, D. Manuel L. Lenza y D. Manuel Rodríguez. A todos los deseamos muchas felicidades y un año nuevo pródigo en prosperidades.

La felicitación de año nuevo la hace extensiva a todos sus lectores

EL COCO CANTAFLARO
Pinto y diciembre 1917.

IMPRESA DE P. PEÑA CRUZ, PIZARRO 16.
Teléfono, 14-02.

Se alquilan en Pinto, juntas o separadas, dos cuevas para encerrar vino, de capacidad de 2.500 arrobas aproximadamente cada una. Darán razón en la Farmacia de D. Antonio F. de Soto, Velázquez, 20, Teléfono 224 letra S. Madrid, y en Pinto D. Antonio F. de Soto, calle de D. Edmundo Meriz, núm. 4

Preciados, 6.
Madrid.

Vicente-Fotógrafo

Preciados, 6.
Madrid.

Primera casa en España en ampliaciones inalterables y baratísimas sin competencia. La más antigua y acreditada y la más conocida en Madrid por la perfección de sus trabajos y economía de sus precios.

Compañía Colonial

Chocolates superiores.

Cafés molidos y en grano.

Tés, Tapiocas, Bombones.

Calle Mayor, 18. - MADRID

BANCO DE CASTILLA

Sociedad Anónima fundada en 1871

Madrid: Infantas, 31; Agencia A: Serrano, 38

Agencia en Gijón.

Capital: 6.500.000 pesetas

Órdenes de compra y venta de valores en las Bolsas de España y extranjero.
Cobro de cupones nacionales y extranjeros.
Descuento de cupones de Interior y Amortizable.
Préstamos sobre valores.
Giros, cartas de crédito y órdenes telegráficas de pago sobre España y extranjero.
Cobro y descuento de letras y toda clase de operaciones de Bolsa.
Depósito de valores.
Cuentas corrientes con interés anual de:
2 por 100 a la vista, hasta un saldo de 50.000 pesetas.
2 50 por 100 a tres meses.
5 por 100 a seis meses.

HORAS DE CAJA:

En el Banco, de diez a tres tarde.

En la Agencia A, de nueve y media a cinco tarde.



JUGUETES PHILI
Getafe. Madrid.